



LECTURA DEL «QUIJOTE».—CUADRO DE D. JOSÉ GARNELO.

LA CORONA

I.

Como ocurre á más de dos
 Y á más de tres y de cuatro,
 De una dama de teatro
 Se enamoró Juan de Dios,
 Con un amor tan frenético,
 Que ante ella quedaba extático,
 Temblando como un perlático
 Y pálido como un héptico.
 Desde que en funesto día
 Vió á aquella actriz afamada,
 Olvidó á una desdichada
 Muchacha que le quería,
 Joven sencilla y modesta
 Sin rencores ni malicia,
 Sólo á adorarle propicia
 Y á complacerle dispuesta.
 ¡Cuánto lloró la infeliz
 Su abandono y su desvío!
 Pero el novio ingrato, impío,
 Sólo pensaba en la actriz.
 Siempre que ésta trabajaba,
 Con mucha anticipación
 Juan de Dios en un rincón
 Del «paraíso» se ocultaba.
 Y siguiendo con afán
 Cuanto ella en escena hacía,
 Embobado, no perdía
 Un gesto ni un ademán.
 Si el público su talento
 No aplaudía á cada instante,
 Frenético y anhelante
 Se revolvió en su asiento;
 Si demostrando alborozo
 Algún aplauso se oía,
 Como un loco se reía,
 Llorando á la vez de gozo.
 Mas si á algún espectador
 Ella, al parecer, miraba,
 También entonces lloraba,

Pero entonces de furor.

Al cabo llegó á chocar
 Á los acomodadores
 Y á algunos espectadores
 Su reír y su llorar.
 Y gente murmuradora,
 Al ver aquel frenesí,
 Se decía: «Ya está ahí
 Juan que ríe y Juan que llora.»

II.

No bien bajaba el telón,
 Al escenario corría;
 Frente al «cuarto» se ponía,
 Silencioso, de plantón,
 Si estaba la puerta abierta
 Viendo á la mujer amada,
 Y si la hallaba cerrada
 Mirando absorto á la puerta,
 Y sufriendo en ocasiones,
 Con suma resignación,
 Y hasta pidiendo perdón,
 Insultos y tropezones.
 Si ella por casualidad
 A él la vista dirigía,
 Como un simple se reía
 Lleno de felicidad.
 Si ella con faz sonriente
 Escuchaba alguna flor
 De un galante admirador
 Ó de un audaz pretendiente,
 Él, con hondo desconsuelo,
 Sordo rugido lanzaba,
 Y en la pared se apoyaba
 Para no dar en el suelo.
 Así pasó un mes y dos
 En horrible angustia fiera,
 Pues, como tímido, era
 Extremado Juan de Dios.

Y si escribirla quería,
No acertaba ni á empezar;
Y si la quería hablar,
La voz no le obedecía.

Llegó, al fin, el beneficio
De la agasajada actriz,
Y con eso el infeliz
Temió ya perder el juicio;

Pues esa era la ocasión
Para que ella comprendiera
Su admiración verdadera
Y su insensata pasión.

Y pasando mil apuros
Y aun pidiendo á su patrona,
Compró una hermosa corona
Que le costó ¡treinta duros!

Y este expresivo letrero
Hizo en sus cintas grabar:
«Á la gran actriz sin par
Su admirador más sincero.»

—No sabrá quién se la envía
Y esto la ha de preocupar:
Sin quererlo, ha de pensar
En mí de noche y de día;

Y cuando al fin esté inquieta
Por descubrir el misterio,
Me presentaré muy serio,
Y felicidad completa.

Me gasté seiscientos reales,
Pero dicha cierta abona
Mi magnífica corona
De flores artificiales.

III.

.....
—¡Treinta coronas! ¡Qué exceso!

Esto de la raya pasa;
Necesitaba una casa
Sólo para tener «eso».

No sé por qué dan las gentes
Inútiles baratijas,
En lugar de dar sortijas,
Ó pulseras ó pendientes.

¡Que esto halaga! Son de veras
«Cursis» algunas personas.
Chica, coge esas coronas
Y haz con ellas lo que quieras.

IV.

.....
Murió el misero doncel
Abrasado por su llama,
Pensando siempre en la «dama»
Que jamás se ocupó de él.

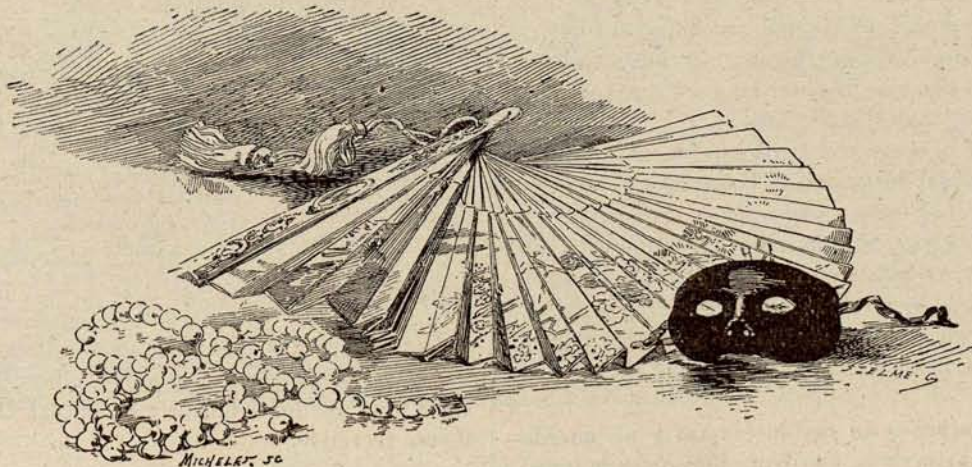
Y sobre el pobre ataúd
En que sus restos pusieron
Y triste llanto vertieron
La constancia y la virtud;

Puesta por manos leales,
Que el bueno siempre perdona,
Iba una hermosa corona
De flores artificiales;

La corona desdeñada
Por una actriz orgullosa
Y que triste y silenciosa
Una joven agraciada,

Que reprimir no podía
Sus lágrimas indiscretas,
Compró..... ¡por cuatro pesetas!
En una «vil» prendería.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



REPRESALIAS

Marrullero, de condición aviesa y enardecida, el ciego *Tragabollos* fué un tipo de popularidad extraordinaria, que adquirió relieve trágico por los días de la inmortal jornada de Bailén.

Contaba el tal *Tragabollos* con algo más de cincuenta años. Aun cuando parezca raro, el buen hombre, viudo, ciego y al amparo de su hija, casada con un colono de Sierra Morena, se había «desgarrado» del hogar, como si fuese un mancebillo picado de aficiones truhanescas.

De estatura arrogante, morenote y cejijunto, bien poblado el rostro, ofrecía un aspecto simpático, que se realzaba al oír el modo como rasgaba la sucia vihuela y el ingenio con que aderezaba coplas y seguidillas llenas de sátira y de patriotismo.

Malas lenguas decían blanco y negro de cierta mujer que solía acompañarle, reclutada, según el pueblo, en los tejares de Córdoba, hembra de pelo en bozo, garrida y briosa, que de igual manera daba fin á un jarro del buen tintillo, que entusiasmaba y ayudaba al ciego manejando lindamente y á contrapunto, las tejoletas labradas en un santiamén con los cascós de las alcarrazas elaboradas por la industria alfarera.

Á la pareja de *Tragabollos* y su coima hacía tercio una rapaza zahareña y vivaracha, gentil de talle y linda de facciones, mezcla de lazarillo y de tiple, joya de valía para aquella sociedad trashumante, porque así componía el trío con su vocecita de ángel, como allegaba con advertimiento y pulcritud relieves con que reponer las perdidas fuerzas y líquido para remojar las deshechas fauces.

El apodo colgado al ciego coplero venía de su afición al hatazgo. Precisamente, no eran sólo bollos lo que engullía con afán. Roscas y rosquillas, panecillos y tortas, cuanto salía de los hornos de cocer, singularmente si conservaba aún algo de temperatura, cuéntase como averiguado que servía de lastre en su estómago, mezclándolo con manjares de cazuela y rociándolo con algún cuartillo de saludable peleón.

Pero el punto que más relieve le daba era el de su vena patriótica.

En esto era *Tragabollos* un revolucionario y un enardecido. Su ingenio romanesco, zumbón, burdo desde luego, pero de gran sabor nacional y de mucho coraje, era parte principalísima de su boga y simpatía entre las masas. Desde

el momento mismo en que establecía sus reales en plazuelas y callejas, el mercado y los talleres se declaraban en huelga: corrían á escucharle menestrales y labriegos, jóvenes y ancianos, rapaces y mujeres, tomando como profecías ciertas é infalibles, las agudezas y los arranques de españolismo de aquel taimado ciego.

Las coplejas más del gusto popular eran las llamadas del «Lorito». Cuando al rasgar de la vihuela anunciaba *Tragabollos* la canción favorita, las gentes se redoblaban, apretábase el cerco de curiosos, abrían la boca los bobos, se sonreían los maliciosos, esperaban todos con ardor patriótico. Y el ciego, luego de acoplar bien sobre la parte posterior de la cabeza su felpudo y desvencijado sombrero, sacaba con su voz cascada y varonil la intencionada letrilla:

Napoleón, zeñores,
Tiene un lorito;
No come ni bebe
Y está gordito.

Y entrando á coro la rapaza y la hombruna cordobesa, proseguía la música entre zambra y jácara, pullas y bravatas patrióticas por parte del «senado» abigarrado y nutrido:

Habla el tunante
Con desparpajo,
Diciendo á su amo:
¡No pazes el Tajo!

Subía de punto el comentario de las gentes, gozaba el ciego, preparábase la muchachuela para hacer la colecta, mientras la pareja continuaba:

Á España no tomas,
Madrid te lo advierte;
Vuélvete á Francia,
Corre, farsante (1).



Las atrocidades realizadas en Córdoba por las tropas del general Dupont habían llevado los odios de españoles y franceses á un grado de horror y de encarnizamiento verdaderamente increíble.

(1) Todavía vive algún venerable anciano en Andújar, de cuyos labios puede escucharse la que en su época fué popularísima canción.



REPRESALIAS.—LAS COPLAS DEL «LORITO».
Dibujo de José Benlliure.

El robo y el sacrilegio, en feroz maridaje con el desenfreno sensual y cobarde, fueron los timbres de la soldadesca napoleónica; sin que bastaran á contener el desborde, ni la disciplina, harto relajada por las tristezas que envolvían al Ejército expedicionario, ni menos la torpe codicia de los jefes, atentos no más á sus medros y apetitos.

Los sucesos amargos de la entrada en Córdoba habían repercutido en toda Andalucía. Las repugnantes hazañas de aquellas huestes envilecidas por el desenfreno corrían de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, moviendo el sentimiento nacional, reforzando la ira y graduando un deseo de luchar apenas contenido hasta entonces.

La musa callejera sacó partido de las inmundas escenas realizadas en la iglesia de la Fuensanta, en el Carmen y en la Catedral: el eco de sus romances llevaba á las campiñas del Guadalquivir y á los breñales de Sierra Morena la deshonra de los hogares y el saqueo de los conventos, el robo sacrilego de varias coronas de oro y otras muchas alhajas de las iglesias de Córdoba, el despojo del palacio arzobispal y cuantas vilezas cometieran los soldados de Dupont.

Y á la vez que cantaban con airado acento tan tristes sucesos, reanimaban los espíritus con la relación de la valerosa conducta del alcalde de Montoro, Juan de la Torre, con el ejemplo del popular arriero que cerca del Carpio remató á unos franceses rezagados de su batallón, y con algún que otro episodio del combate de Alcolea sostenido en los primeros días del mes de Junio.

Tragabollos era de los que más bullían en la comarca. Su condición brava y pícaro había cobrado calor y estímulo, merced á unos estacazos ganados lindamente por sus cantares. Al paso de los franceses por Andújar, el ciego, su coima y la rapaza no enmudecieron, antes bien sus romances subieron en intención y valentía. Con la osadía que infunde el aplauso popular y la fe de la causa defendida, nuestro héroe solía insinuarse demasiado, aun cuando entre sus oyentes aparecieran soldados franceses: cabalmente entonces repetía con furia y saña, ganando la simpatía del auditorio, el estribillo:

Soldados gabachos,
Solemnes borrachos,

que jaleaban á compás los del corro y que engendró la rabia de algunos invasores, quienes sacudieron sin piedad sobre la trinidad bohemia, menudeando los golpes con singular empeño en las anchas espaldas del ciego.

Cuando los franceses prosiguieron su marcha en dirección de Córdoba, *Tragabollos* comenzó una propaganda viva y corajuda, en la que obraba como acicate el molimiento de marras, mezclado y revuelto con el general sentimiento de castigar al que tan villanamente atentaba contra la independencia y el honor de España.

Valiéndose de sus artes y marrullerías, el ciego propalaba noticias, corriendo de Marmolejo á Bailén y de Andújar á la Sierra; encendía los ánimos y preparaba la venganza; tomaba parte en conjuras y aun coadyuvaba al degüello de tal ó cual portapliegos ó de algún desventurado soldado descarriado ó enfermo. De acuerdo con patriotas bajados de Jaén, fué uno de tantos asaltantes de un pequeño convoy en el riachuelo Escobar, matando á sus conductores y repartiéndose como botín de guerra lo que llevaban en los carros, que no

era otra cosa sino el producto de los despojos cometidos en los pueblos del tránsito.

Tamañas travesuras, realizadas muchas de ellas en complicidad y con la cooperación de la brava cordobesa, fueron muy sonadas en todos aquellos lugares. El ciego ya no cantaba por buscar refuerzos á su bolsa y provisiones para su fardel. Convertido en patriota y revolucionario de gran prestigio, consagró su calidad de pícaro, su vihuela, sus romances y su brazo á la causa nacional, necesitada de corazones esforzados y de espíritus que agruparan y reunieran los elementos disgregados que moraban en la comarca.

Súpose bien pronto que Dupont retrocedía hacia Andújar, temeroso de que los españoles, cerrándole los puertos de Sierra Morena, le infligieran un tremendo descalabro.

La nueva, estimada como fausta por los patriotas, corrió acompañada de otras más halagüeñas y consoladoras. En la Andalucía baja, en Granada y en Gibraltar se reunían y organizaban cuerpos de tropas, que bien pronto correrían, dirigidos por generales y jefes españoles, á pelear con los batallones aguerridos del vencedor de Halle.

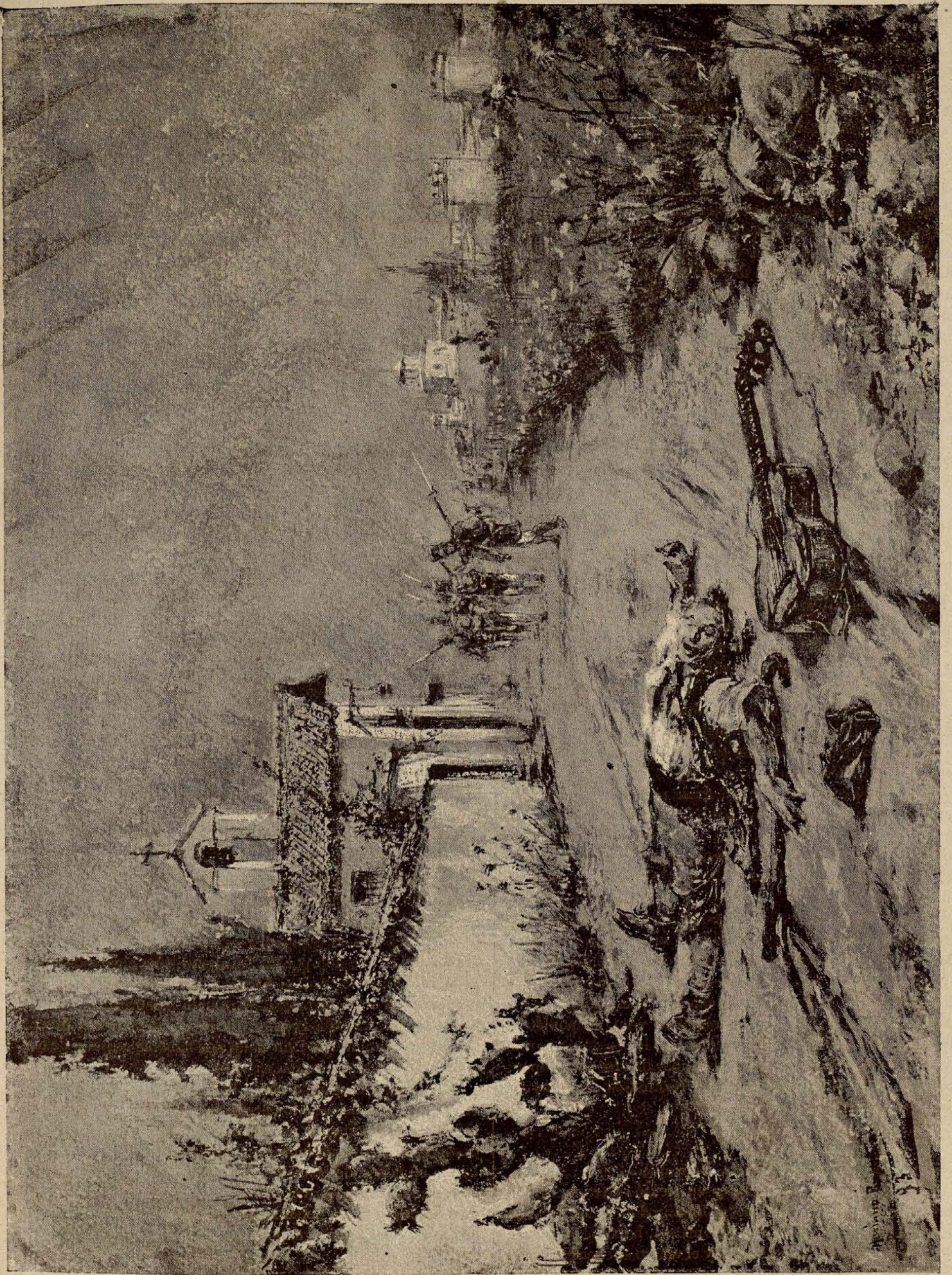
El júbilo rebasó los límites naturales: nadie dudaba ya de un triunfo completo, castigo de la osadía napoleónica y de los desmanes y atropellos de Córdoba. Pero á la vez que la alegría inundaba franca y hermosamente los corazones de todos, había el temor de que las tropas francesas tomaran represalias y castigasen con crueldad á los patriotas que días antes hicieran armas contra los correos y convoyes de Dupont. Y por el que más se temía era por el intrépido *Tragabollos*, cuya hazañosa conducta debía ser ya conocida hasta del Generalísimo francés.

Alboreaba el día 18 de Junio cuando las descubiertas de Dupont aparecieron por los lomos que corren hacia los Visós y que limitan la cuenca del Guadalquivir en la zona llamada Vega de Andújar. Desde las torres de la ciudad los españoles observaban el movimiento de avance: aquella tropa no ostentaba la marcial apostura ni el bizarro continente derrochados algunos días antes: aparecía caída, macilenta, con esa opacidad precursora de las grandes catástrofes, porque hueste militar cuya alma se amilana ó perturba, es rebaño condenado á estéril sacrificio.

El ciego y su compañía huyeron de la población temiendo las consiguientes venganzas. Refugiarónse en la Sierra, y de pago en pago y de caserío en caserío, fueron llevando las nuevas de cuanto ocurría, preparando y aderezando los elementos de resistencia y de ataque.



Ofrecía Sierra Morena un cuadro de pujante belleza. El suelo, vestido con los pámpanos de la vid, festoneado por la chumbera y matizado por florecillas que arrojaban perfume y frescura; en el firmamento un sol africano, vivificador para los naturales, mortífero é implacable para los invasores. La población, refugiada y huida por caseríos y viñas, celebraba con regocijos y fiestas las tristezas de los soldados franceses, que allá en lo hondo yacían marchitos y enfermos entre los rastrojos de la seca campiña, devorados por un calor sofocante, sin brisas que respirar, y lo que era más cruel, con temores y augurios de que se avecinaban jornadas tristes y vergonzosas.



REPRESALIAS. — MUERTE DE «TRAGABOLLOS».

Dibujo de Mariano Benlliure.

La esperanza presidía en las crestas verdinegras de la Sierra, y á la lozania de cañadas y cuenquecillas daba animación el regodeo de los buenos españoles codiciosos de pelea y de gloria. Y como contraste, en la dorada vega del Guadalquivir imperaba el pesimismo y la duda, siendo la luz radiante del sol causa eficiente de tan espesas brumas.

Guerrilleros y partidas sueltas de serranos y viñeros corrían por las crestas que coronan la cuenca del río por su orilla derecha, amagando y molestando el flanco izquierdo de Dupont. *Tragabollos* no desperdiciaba momento: conocedor del terreno, alentado por su fe y por sus éxitos, ayudado por todos y animado por su morena la cordobesa, no se daba punto de reposo, y aparecía por todos lados y concertaba planes, y transmitía órdenes y nuevas, salpicando su obra con su peculiar gracejo, y enjaretando seguidillas en cuantos lugares reclamaban su arte.

En sus vueltas y revueltas, tuvo noticia de que en los pagos fronteros á la población solían refugiarse soldados franceses, á hurtadillas de sus jefes, buscando brisa algo más fresca que el viento caldeado del llano, y también en persecución de bodegas donde consumir algunos jarros de sabroso vinillo blanco.

Acudió, pues, nuestro ciego, en busca de aventuras y de gloria. Tomó informes, preparó la traza, y uno de los primeros días de Julio, cuando el sol lanzaba sus rayos de plomo, cayó con su coima y la rapaza en la viña de Perinolo, famosa por la frescura y la feracidad de su tierra.

Bebían plácida y tranquilamente siete marinos de la Guardia, inclinados sobre los bancos de mampostería: su actitud revelaba satisfacción; sus ojos delataban ese estado precursor de la embriaguez, tan incitante y propicio para todo lo que sea jácara y bulla: en la cueva los odres panzudos convidaban á proseguir el trago, y allá fuera, junto al horno blanqueado y limpio, chisporroteaban y saltaban en el fondo de un gran caldero pedazos de torreznos y magras revueltos con rojo y apetitoso tomate.

Cuando *Tragabollos* llegó al gran portalón del caserío, aquellos soldadotes batieron palmas de satisfacción y de gusto. La siesta se les presentaba espléndida: buena comida, zumo en abundancia, música y baile, y todo, por lo que ellos quisieran pagar, pues al cabo allí estaban á título de conquistadores.

El ciego, ayudado por los caseros y por su cordobesa, supo insinuarse, y á fuerza de ingenio y de viveza logró dominar á los atolondrados marinos de la Guardia, quienes, llegada la hora del festín, obsequiaron con mano franca á cuantos allí presenciaban la fiesta. Entre canción y canción, *Tragabollos*, la coima y Perinolo escanciaban vino, lo ponían al alcance de los soldados, y, en resolución, luego de un par de horas de bulla y de banquete, los subordinados de Dupont quedaron sobre el suelo tan llenos y rezumosos como los zales de la bodega.

.....

 La matanza fué total: los medios empleados horribles.

Aquella tarde, *Tragabollos* y su gente referían entre el fiero aplauso de los compatriotas lo ocurrido en la finca de Perinolo. Sin otras armas que sus manos, había él rematado á cuatro franceses; la cordobesa y el viñero se encargaron de los demás.

La hazaña del ciego sirvió de aliento y de regocijo á las bandas de guerrilleros que discurrían por los montes. La causa nacional cobraba esfuerzo; cuanto más, que ya se susurraba la aproximación de fuerzas españolas hacia Porcuna, y se conocían ciertamente las zozobras de Dupont y sus apuros, nacidos de la penuria en que vivía su ejército, y más que nada, de su constante temor de verse cerradas las gargantas de Despeñaperros por las fuerzas españolas, que brotaban de todos los lugares y se organizaban en muchos puntos.

La hazaña del ciego fué conocida en el cuartel general. Oí referir á un anciano (contaba yo á la sazón de nueve á diez años) que Dupont hubo de enterarse cuando, rodeado de su Estado Mayor y de sus generales, refrescaba en la casa solariega de Castejón, una de las más nobles de la comarca. Lleno de ira, á ratos influido por desfallecimientos ó pesadillas, aquel gran soldado parecía adivinar la suerte que le esperaba. La caza continúa de soldados, las matanzas diarias, el furor sanguinario de los españoles, eran para él notas elocuentísimas de la actitud general y del sentimiento predominante. Como consecuencia, el espíritu de sus soldados, harto flojo y caído ya, se deprimía en proporción pavorosa con cada hecho de esta índole.

Dió órdenes de cruel castigo, restringió las autorizaciones para pasear, cerró el círculo de sus retenes y guardias, sin que por ello disminuyeran las bajas, pues á medida que el francés arreciaba en sus fusilamientos y castigos, aguzaban los españoles su ingenio y proseguían la batida con éxito.

Poseído *Tragabollos* de creciente audacia, no daba tregua á su furor patriótico. Raro era el día que no se dejaba ver por los olivares y caseríos más inmediatos á la ciudad. Hasta entonces le había valido su treta de implorar la caridad y aparecer como mendigo ante los ojos de las patrullas con que alguna que otra vez topaba.

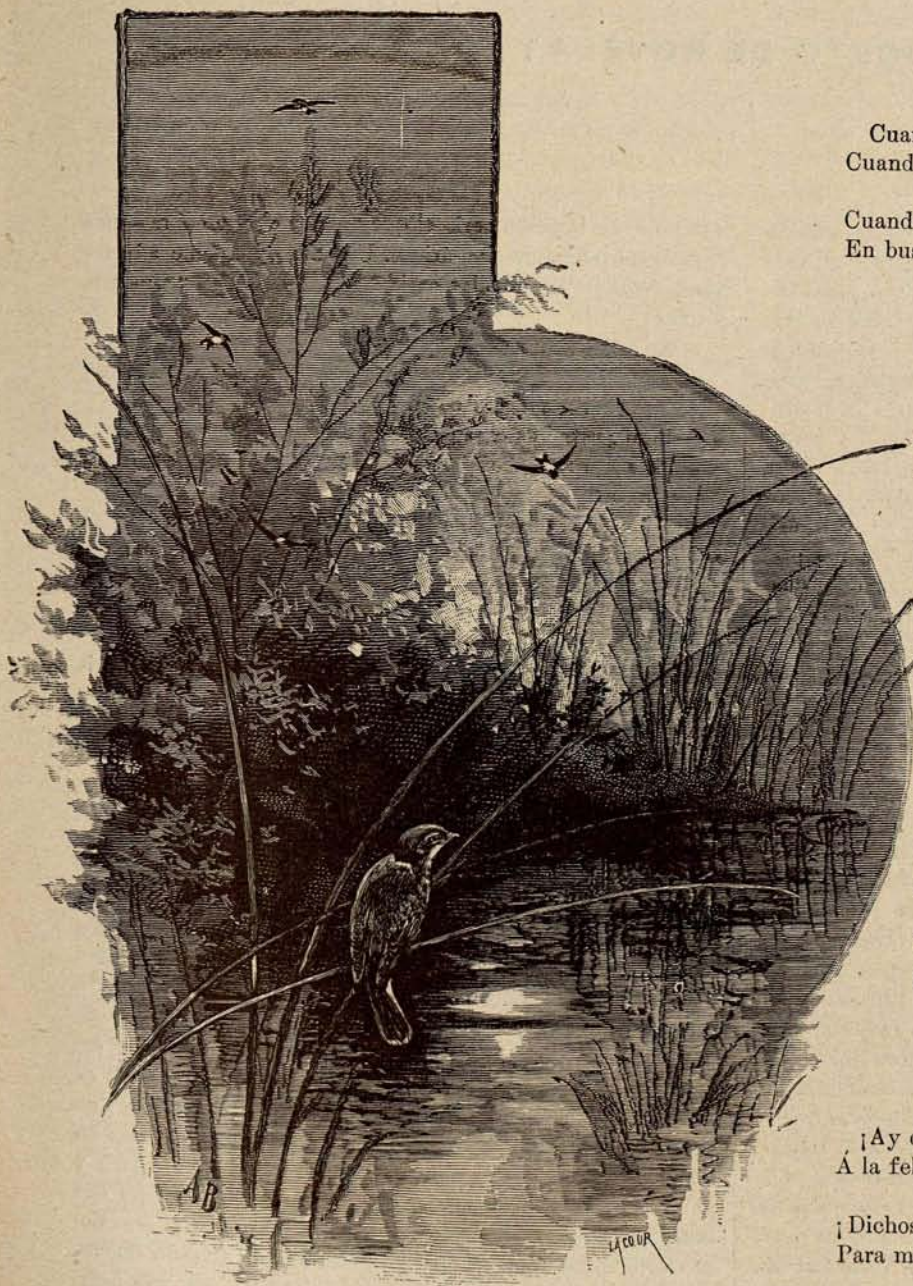
Más de un prudente le había aconsejado que cesara en su persecución, augurándole un término desastroso. Pero él no dió jamás oídos á tales sermones: llevaba ya demasiada velocidad, y, por otra parte, la morena le empujaba por el camino emprendido, furiosa y sanguinaria desde que á su Córdoba la habían saqueado y deshonrado aquellas huestes de gabachos.

Y ocurrió que un día, esperando y al acecho, mientras su coima con unos cuantos campesinos preparaban un lazo á una patrulla francesa, *Tragabollos*, que imprudentemente se había colocado para escuchar mejor, en una ermita cercana al pueblo, fué cogido por los franceses, que ciegos de furor y en represalia de tantas hazañas como se le achacaban, lo remataron en la carretera, corriendo presurosos á participar el fausto suceso á Dupont, quien por el momento parece como que cobró ánimo, sin duda por haberse quitado de encima la fiera que mermaba sus filas.

Pero, luego, el que se hacía llamar «Rayo de la guerra», el vencedor glorioso de los prusianos, movió la cabeza sonriendo maquinalmente con amargura. La sangre de tales castigos no arrojaban laureles; antes obscurecían y agravaban la situación de las cosas. En su alma se cernía ya con aterradora pesadumbre el presagio de la jornada que, pocos días después, había de sumirle en el descrédito, humillando las invencibles águilas napoleónicas en los abrasados campos de Bailén.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.

LAS GOLONDRINAS



I.

Cuando mueren las flores y el sol se nubla;
 Cuando al pie de los árboles ruedan sus hojas,
 Marchitas ya;
 Cuando todo está seco y el cielo es triste.....
 En busca de otro cielo las golondrinas
 Marchando van.

Cuando nacen las flores y el sol más brilla;
 Cuando el árbol cubierto de verdes hojas
 Se vuelve á ver;
 Cuando es bella la vida y alegre el cielo.....
 En busca de su nido las golondrinas
 Vuelven también.

II.

La golondrina anuncia la primavera;
 Si un punto de su nido cruel invierno
 La arrebató,
 Vuelve luego amorosa, cruzando mares,
 En busca de aquel nido de sus mayores,
 Donde nació.

Siempre vuelve á su nido, todos los años;
 Allí nació su madre, también sus hijos
 Nacen allí;
 Y si el hambre ó el tiempo su vida hieren,
 ¡También al mismo nido la golondrina
 Viene á morir!.....

III.

¡Ay de aquel que, arrastrado por los placeres,
 Á la feliz morada de las virtudes
 No vuelve más!
 ¡Dichoso el que, olvidado de las pasiones,
 Para morir en calma y arrepentido
 Vuelve á su hogar!

RICARDO SEPÚLVEDA.

LOS GRILLOS DE ORO

(BOCETO DE NOVELA.)



USE en cierta ocasión dar á copiar un manuscrito para enviarlo fuera de Madrid, y sabiéndolo un editor amigo mío, me dijo: «Yo le proporcionaré á usted persona que haga bien ese trabajo.» Pocos días después, y con una tarjeta suya, se me presentó un hombre como de cuarenta años, de buena figura, y vestido, aunque decentemente, del modo más á propósito para inspirar lástima. Sus ropas delataban ese estado de infortunio que solemos

llamar pobreza de levita; la horrible pobreza burguesa, en que es preciso sacrificar lo necesario á lo exigido por la vanidad propia y las preocupaciones ajenas.

Aquel desdichado, á quien llamaremos Villalsur por ser oriundo del pueblo de este nombre, hizo perfectamente la copia, y desde entonces utilicé de cuando en cuando sus servicios, unas veces por ahorrarme trabajo y otras por proporcionárselo. Comprendiéndolo así, me cobró afecto, y llegó á establecerse entre nosotros cierta confianza. Villalsur no es un escribiente vulgar de los que copian con mejor ó peor letra, pero casi maquinalmente, sino un hombre que se entera de lo que dicen las cuartillas. En distintas ocasiones me han sido útiles sus avisos. Un día me hizo observar que el protagonista de un cuento mío no podía, según el tiempo transcurrido en la narración, tener al final la edad que yo le atribuía. Otra vez me hizo ver clara la inconveniencia de designar á un personaje con un título que, aunque poco conocido, existía y figuraba en la *Guía oficial*. Todo esto sin que hubiese impertinencia por su parte, ni amor propio mal entendido de la mía. En fin, si no verdaderos amigos—por-

que rara vez llegan á serlo el que paga y el que cobra—nos fuimos mutuamente simpáticos. Un día, oyéndome afirmar que la vida da las novelas casi hechas, sonrió amargamente, y dijo:

—No lo sabe usted bien.

—¿Cómo!—repliqué.—¿Lleva usted *dentro* alguna novela?

—Sí, señor: la de mi boda.

—Pero ¿usted es casado?

—Sí, señor; casado, por desgracia, y separado de mi mujer, por fortuna.

Movido de la curiosidad literaria que busca y solicita con avidez las enseñanzas de la realidad, le supliqué que me contara su historia; y él, sin hacerse rogar, con la tristeza resignada y tranquila que dejan tras sí las penas pasadas y los errores enmendados, habló de esta manera:

—«No puede usted figurarse con cuántos trabajos y privaciones seguí la carrera. Mi padre era labrador de mediano pasar, y creía ser rico porque nunca salió del pueblo. Empeñóse en que me hiciese abogado, esperando que un tío mío me dejara su bufete en la capital de la provincia; pero muriendo aquél antes de que yo me licenciara, frustróse nuestro proyecto. Algún tiempo después falleció también mi padre, de quien heredé sólo unos cuantos miles de reales, porque éramos varios hermanos, y acabé la carrera. Luego, un poco ambicioso y un mucho mal aconsejado, perdí en la Bolsa casi todo lo que tenía, comenzando á pasar apuros y escaseces, hasta verme falto por completo de recursos y, lo que es peor, sin amigos que me protegieran. Pasé una temporada horrible. Entre ventas y empeños me quedé sin muebles, sin ropas, sin libros. Aquí donde usted me ve, he entrado en tabernas indecentes, he jugado en *chirlatas* inmundas, no por vicio, sino por ver si podía convertir cuatro reales en dos pesetas; he andado en enero con americana de alpaca y en agosto con pantalones de invierno; en todo tiempo con botas agujereadas; sé lo que es comer un día sí y otro no; he dormido en casas de á perro grande, y he pasado noches al sereno en los bancos de los paseos públicos. En una palabra, he tenido que soportar durante un par de años esa vida

de vago involuntario, que fácilmente se confunde con la del holgazán perdido. ¿Trabajar? ¿Quién da trabajo al que lo pide mal cubierto de andrajos? Por fin hallé ocupación, aunque poco retribuida, decorosa. Un condiscípulo que se dedicó á escribir para el teatro me recomendó, hace seis años, á su editor, el mismo á quien debo que nos hayamos conocido. Ya sabe usted lo que es Pignorate: me da un puñado de duros..... y yo le llevo el negocio, porque el pobre no está para trabajar dos horas seguidas. En cuanto á mí, figúrese usted cuáles pueden ser los goces de un hombre medianamente ilustrado y de gustos delicados sujeto á la estrechez de un pupillaje, con Madrid lleno de tentaciones, y veintitrés duros al mes, después de haber pasado dos años hecho todo un gran señor, porque, aunque cautivo, he sido casi un rey; pero mi reinado fué breve: me dejé deslumbrar como Wamba y abdiqué como Carlos V; mi Yuste es el escritorio de Pignorate.

Al año siguiente de entrar allí tuvo él que ir á los baños de Tinasclaras: los médicos le dijeron que si no tomaba las aguas se moría. Su edad y sus achaques exigían que no fuese solo: con su mujer y su hija no había que contar, pues la chica, casada poco antes, estaba para salir de su cuidado, y la madre no consentía en dejarla. En fin, un día me llamó Pignorate y me propuso que le acompañase á los baños. De aumentarme el sueldo no habló palabra, limitándose á decirme que pasaríamos un mes al fresco sin trabajar, que me daría algo de ropa para que me adecentase..... y una gratificación. Accedí por miedo á perder la plaza, y salimos para Tinasclaras él, yo y un criado, cuya presencia á nuestro lado, permitiéndome cierta libertad, hacía en apariencia menos servil mi situación. Yo iba principalmente para que quedase tranquila la familia. Pignorate me dió alguna ropa interior y dos trajes casi nuevos, todo lo cual, como él presume de elegante y somos de igual corpulencia y estatura, me sentaba muy bien. Yo llevé lo mejorcito que tenía, y, para abreviar, logré presentarme en el balneario casi tan bien vestido como mi principal: el criado parecía tan mío como suyo. Lo único que me mortificaba era llamar á Pignorate *don* Tomás; pero yo en presencia de las gentes procuraba eludir el tratamiento, y en cambio, se lo prodigaba á solas. Finalmente, de día estaba un poco sujeto, pues á todas partes tenía que acompañarle, dándole la derecha. Llegada la noche, como él se acostaba temprano, recobraba yo la libertad, pudiendo á mi antojo pasear, leer ó distraerme en el llamado *salón*, alternando con las gentes que componían la tertulia. Ya sabe usted lo que son esas reuniones de bañistas, donde se comentan vidas ajenas, se despelleja á todo bicho viviente y se improvisan amores ó amistades que mueren hacia mediados de septiembre. Aquel año había en Tinasclaras muchas mujeres guapas y, por consiguiente, muchos líos.

Si usted ha estudiado á las mujeres en las estaciones veraniegas, habrá podido apreciar que en tales sitios sufren, mejor dicho, gozan una transformación tanto más intensa cuanto ha de durar menos. Salen de sus casas, donde apenas pueden moverse, y llegan al campo, donde su primer delicia es cansarse; están hartas de tratar á unas cuantas familias, de quienes nada nuevo pueden comentar, y se encuentran trasladadas á la fácil intimidad de las fondas, donde la promiscuidad de gentes da pasto á la murmuración; estaban ajadas por el trasnochar de la vida cortesana, y el campo les

devuelve los colores perdidos; resultando que á los pocos días de respirar el aire del monte ó de la playa se alegran las tristes, devoran las desganadas, se remozan las maduras, se espabilan las niñas, se avispan las tontas, se les duplica la energía, y como el padre, el amante ó el marido que las acompaña las descuida, porque va también sediento de libertad, ya las tiene usted á todas en continua excitación, medio locas, unas resueltas á conquistar y otras sin voluntad de resistir, que para el caso es lo mismo. Al prescindir de la etiqueta y los ridículos miramientos sociales, prescinden de la prudencia, se establece entre ellas un pugilato de coquetería favorecido por la licencia con que los hombres pueden galantearlas en jiras ó excursiones, y algunas semanas, unos cuantos días bastan para que las listas aprisionen amante ó novio, y las que se fingen incautas caigan en los brazos que desean. Noviazgo y seducción que en Madrid cuestan un año, se consuman en un mes de veraneo; lo que no se logra en cien diálogos de cotillón y de antepalco, se alcanza en media docena de conversaciones bajo la discreta sombra de un cenador ó un emparrado: hay mujer que dice, tras un bochornoso día de campo, lo que calló en muchas veladas de invierno, y hay hombre que salió á tomar aguas, y vuelve para tomarse los dichos. Limpios manantiales, aromas silvestres, meriendas sobre el musgo, parques oscuros, corredores mal alumbrados, puertas numeradas y habitaciones contiguas..... ¡de cuánta flaqueza sois responsables! Todo ello sin contar la premura del tiempo y la impunidad asegurada cuando, terminados los baños, él se marcha hacia el Sur y ella hacia el Norte para no volverse á ver nunca, conservando ambos memoria de la aventura como guarda un chico el recuerdo de la fruta que robó por cima de una cerca en un camino solitario.

Entre las gentes que había aquel año en Tinasclaras llamaba la atención una pareja, compuesta de madre é hija, que respectivamente representaban cincuenta y treinta años. La madre, que debía de haber sido hermosísima, conservaba restos de la belleza perdida: cuerpo airoso, buen pelo y bonitos dientes. La hija se le parecía mucho, pero en feo: era su caricatura, su imagen como desfigurada por uno de esos espejos cuya superficie desigual altera las líneas y trastorna las facciones; lo único que conservaba de ella era el talle: verla de espaldas era llevarse un chasco. Tenía la cara larga, los labios pálidos y exangües, la frente hundida hacia las sienes, el color quebrado y, lo que era peor, los ojos claros, grandes y saltones. Además, gesticaba de tal modo y con tan poco acierto, que cuando sonreía, por mostrarse amable, su fealdad resultaba cómica, y cuando se enojaba parecía máscara trágica ó coco para niños. Tenía dos voces, disponiendo de ellas á su antojo: una de dulce timbre para hacerse simpática, y otra que realmente era la suya, áspera, imperiosa y dura: yo le oí pocas veces la primera, y estuve dos años condenado á la segunda. Pero á nadie culpo sino á mí mismo. Tuve un momento de extravío, y lo pagué con la libertad de toda mi vida. No vaya usted á suponer que me enamoré de aquella mujer. Lo que ocurrió fué lo siguiente.

Pignorate se acostaba á las diez y yo me bajaba al salón, donde se reunían los bañistas hasta las doce: música, baile, juegos de prendas, corrillos de chismografía, de todo había y todo lo intentaban aquellas gentes ávidas de divertirse, sin que entre ellas faltase el tipo del huésped mentecato que



LA ABUELITA.—CUADRO POR PAUL WAGNER.

hace reír á costa propia. Hombres *disponibles* había pocos; las mujeres bonitas eran muchas, pero casi todas muy cursis. Las que realmente llamaban la atención eran D.^a Sofia y Enriqueta, en mal hora predestinadas á ser mi suegra y mi legítima esposa, ambas muy listas y, al parecer, perfectamente educadas, aunque observándolas con cuidado pronto descubrían la altanería y el orgullo á que se creían con derecho por su nombre y riqueza. Se llamaban Cabezón de Valderaduey de los Pinos, y entre ambas reunían setenta y tantos mil duros de renta. Un solo rasgo pinta su vanidad. En Tinasclaras no había más que dos coches; los dos los alquilaron para mientras allí estuviesen, y luego utilizaron uno solo, de manera que todo el mundo iba á pie menos ellas. Figúrese usted si los murmuradores tomarían el desquite. A poco de llegar sabíamos sus vidas y milagros; total, nada: que la madre tenía mal genio y que la hija había tenido muchos novios. Para creer lo primero, bastaba ver á D.^a Sofia; lo difícil era dar fe á lo segundo, porque Enriqueta carecía de la gracia y la dulzura que pudieran compensar su fealdad. Lo que ignoraban las gentes y yo supe algún tiempo después, era que precisamente por aquellos días acababa de tronar con el último aspirante á su fortuna. Fijado el día en que habían de verificarse los esponsales, el novio consiguió una credencial con tres mil pesetas para Filipinas, y allá se fué sin despedirse de nadie, pareciéndole más cuerdo desterrarse al fin del mundo con poco sueldo que enriquecerse en Madrid á costa de su libertad. Le cuento á usted esto como prueba de que Enriqueta había ya transigido con la idea de tomar marido pobre, y para que comprenda usted cuán abatida y desengañada debía de estar por los días en que yo la conocí. Acababa de sufrir la mayor humillación que puede atormentar á una mujer: resuelta á casarse con un miserable, como ella decía, el miserable la dejó plantada, compuesta y sin novio, dándole á entender que, con ser tan rica, aun no tenía bastante para pagar al que cargase con su fealdad. Además, Enriqueta estuvo tiempo atrás también á punto de casarse con un tío suyo de muchos más años que ella, pero tampoco el viejo cayó en el lazo. Malas lenguas decían que si cortejó á la hija fué de mentirijillas, sin ánimo de formalizar las cosas, buscando pretexto para quedar reñido con la madre: lo indudable fué que hasta por el tío setentón se vió ofendida y desairada.

La casualidad nos puso al habla. Cierta noche volvían madre é hija de la plaza del pueblo, donde hubo fuegos artificiales, cuando estalló una tormenta. Yo, que acababa de salir de la fonda, llevaba paraguas, y al encontrármelas y verlas mojándose se lo ofrecí galantemente, evitando que se les estropearan los primorosos sombrerillos que lucían, y conquistando de un golpe sus simpatías.

Mi amabilidad les debió de sorprender, porque desde aquello de alquilar los dos coches, nadie les miraba con buenos ojos, ni les daba señal de cortesía. Al devolverme el paraguas en un pasillo del balneario, me dijo Enriqueta:—«Si no es por usted, nos ponemos perdidas: vamos á mudarnos y luego bajaremos á darle á usted las gracias.»—Desde aquel día formamos rancho aparte en la tertulia, y yo, alentado por alguna que otra sonrisa, me permití acercarme al veladorcito donde después de comer tomaban café, solas, sin que nadie se les aproximara ni les hablase, como si estuviesen apestadas. Una criada me dijo que los demás ba-

ñistas llamaban á Enriqueta *la becerra de oro*, y á mí *el listo del hambre*: nadie ignoraba que yo era tan pobre como ella rica.

Renunció á referirle á usted la historia de nuestros amores, si puede profanarse este nombre aplicándolo al doble cálculo que nos animaba. Yo estaba en la mayor miseria, porque miseria era para mí un sueldo de veinticinco duros; me veía sin esperanza en mejorar de suerte, y para colmo de desdicha, bajo la dominación de Pignorate, editor entevado de prestamista, cuya adoración al dinero y cuya vida regalona continuamente parecían insultar mi pobreza, espoleándome para que saliese de ella á cualquier costa.

No consideré, no reflexioné nada: ni que era fea, ni que no la quería, ni que no podría estimarme, pues yo me prestaba á venderme. Se ofreció á mis ojos como un premio vivo de la lotería, como la credencial perpetua de un gran destino sin cesantía posible. Cuando quería justificarme ante mí mismo, pensaba en que era lista, en que yo influiría en su carácter, en que acaso pudiéramos vivir relativamente felices, ella con marido y yo sin pensar en mañana: ¿qué hombre no se cree capaz de dominar á una mujer?

Me propuse también captarme la simpatía de la mamá, imaginando ser con esto invencible si llegaban momentos de discordia. En cuanto á Enriqueta, recuerde usted lo que le acabo de decir. Su situación era propicia á toda clase de desaciertos é instigadora de las mayores torpezas. Acababa de ser despreciada brutalmente, y sólo pensaba en demostrar que podía casarse. Ella aconsejada del despecho y yo de la ambición, pronto nos entendimos. Establecióse entre nosotros un acuerdo tácito, un pacto misterioso que nunca bajó del cerebro á los labios, y que poco más ó menos hubiera podido formularse así, suponiendo que tales cosas pudieran hablarse á cara descubierta. Yo me daba por enamorado de sus facultades morales, de su inteligencia y su gracia, de su conversación y su ingenio: además, como á otros puede seducir un rostro hechicero, á mí me encantaban el andar airoso y la esbeltez del talle: ella, en cambio, no paraba mientes en mi pobreza, considerándome capaz de encumbrarla á esas alturas sociales para llegar á las cuales no basta el oro, porque sólo se escalan con audacia y talento: su fortuna le permitía, hasta cierto punto, elegir esposo, y elegía un hombre de los que saben convertir la riqueza en escabel del poder. Ambos dábamos pruebas de despreocupados é independientes: ella escogiendo á quien estaba en posición humilde, y yo prefiriendo la belleza moral á la hermosura física, porque hartó sabía Enriqueta que era fea. Nunca nos dijimos nada de esto, pero todo nos lo dimos á entender.

Tales fueron los preliminares de nuestras relaciones, que, comenzadas en Tinasclaras, sufrieron en Madrid dos crisis á cuál más grave. Consistió la primera en que yo, comprendiendo que ni aun ropa tenía para cortejar á una mujer como Enriqueta, me vi en la alternativa de vivir de trampas, aunque no fuese más que para vestirme y comprar butacas de teatro, ó de decirle francamente que hasta para gastos de esta índole me faltaban recursos. Opté por lo último, y ella, que únicamente pensaba en casarse, comenzó á fingir indisposiciones que la obligaban á no salir de casa por la noche. La segunda crisis tuvo por causa la oposición de doña Sofia. Cuando ésta advirtió la locura que con mi com-

plicidad iba á hacer su hija, me puso la proa. Tuvimos una explicación y gané la batalla á mi futura suegra, declarándole sin rodeos, en primer lugar, que yo no aspiraría nunca á ser el primero en la familia, sino que respetaría su jefatura, y además dándole á entender cortésmente que Enriqueta y yo estábamos resueltos á casarnos con ó sin su permiso. Cedió D.^a Sofía, y como usted puede suponer, me dediqué á congraciarme con ella. Formalizáronse las cosas. Yo iba todos los días, la mamá nos dejaba solos en un gabinete, y allí hablábamos en plena libertad, siendo nuestras conversaciones de lo más raro que puede usted imaginar. Unas veces nos decíamos cosas en que cautelosamente serpenteaban su ansia de boda y mi falta de delicadeza: otros días parecíamos verdaderos enamorados, porque avergonzándonos de nosotros mismos, procurábamos dorarnos la pildora.

En un momento de lucidez y expansión, me dijo una tarde:—«Esto es una locura..... tú no me puedes querer..... ¿quién me va á querer con esta cara?»—Mas precisamente en aquella ocasión consolidé mi imperio. Cogiendo á Enriqueta por la cintura, que era lo mejor de su persona, comencé á explicarle las excelencias de mi amor con tan estudiadas ponderaciones, que hubo un instante en que debió de creerse realmente amada.—«No eres—le dije—como las demás. Tus atractivos están en lo más hondo de ti misma. ¿Crees que no se puede preñar un hombre de tu bondad, de lo discreta que eres, de lo bien que piensas, y más que nada de ese encanto misterioso que hay en ti, donde se revela la dama, la mujer privilegiada capaz de comprender todo lo grande? Tus movimientos, tus ademanes, tus gestos, tu voz, esas frases exclusivamente tuyas, que al parecer tan poco expresan y que prometen tanto..... ¡Que no me puedo enamorar de ti! Hasta en la manera de vestirte muestras lo que eres: otras se adornan bien por coquetería estudiada: tú, con cualquier cosa que te pongas, y de cualquier modo que te caiga, pareces una princesa..... Sí, sí, ríete..... tú debes ser de casa real.»—Había momentos en que me escuchaba embelesada, como si fuésemos ella crédula y yo sincero. Otra noche hablamos de mi situación. Convirtiendo en fuerza lo que constituía mi debilidad, y jugándome el todo por el todo, le dije:—«Tienes razón: estoy soñando. No tengo nada, absolutamente nada más que mi carrera..... ¡pero si hallase quien me protegiera!..... No quiero protección de la que consiste en darle á uno las cosas hechas..... no, eso es humillante. Lo que deseo es que me coloquen en situación de lograrlo todo por mí mismo. ¡Ya verías!»—Al oír esto se puso radiante de soberbia, y con más altivez que una reina á su favorito, me dijo:—«¡Pues yo te haré hombre!»—Enseguida, como nublada su alma de tristeza repentina, murmuró:—«¡Si fuese guapa, me querías de veras!»—Yo repuse:—«Sí, te quiero como tú debes ser querida. Soy ambicioso, Enriqueta mía; pero ambicioso para ti. Yo tengo alientos para hacerte ministra, embajadora..... quisiera que soñases grandezas, y yo te las iría realizando!»

Dios me perdone, pero creo que en aquel momento tuvo la visión de lo que á su vanidad estaba prometiendo mi codicia: en aquel instante debió de contemplarse sentada á la mesa real entre damas de la corte, ó recibiendo á mi lado al cuerpo diplomático en un salón de nuestra embajada de París.

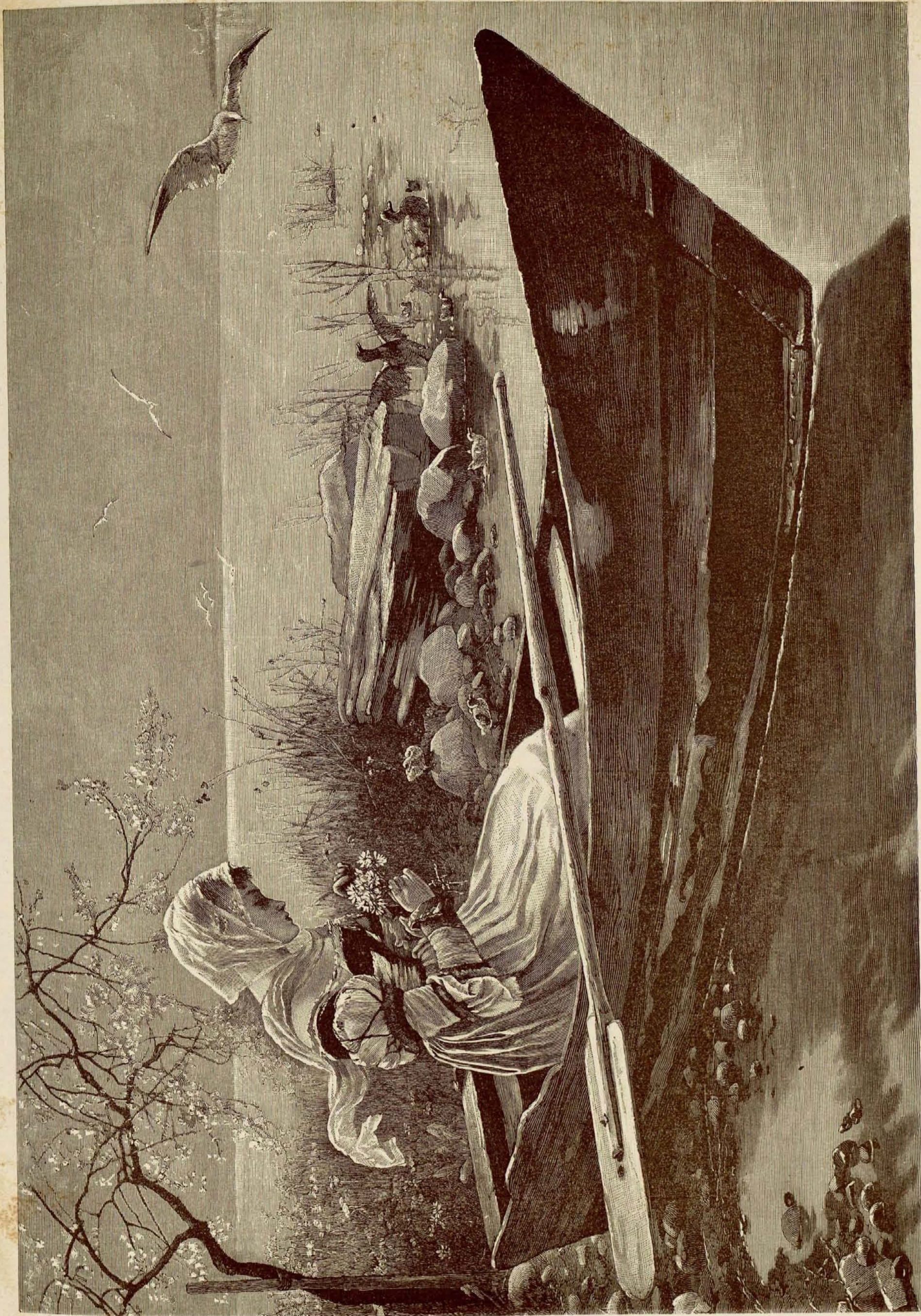
.....
Hay cosas que me da mucha vergüenza decir las; pero no quiero callar nada.

Todos los gastos los hicieron ellas, con quienes yo había de ir á vivir: se alhajaron de nuevo en su casa varias habitaciones, y D.^a Sofía me entregó seis mil duros en billetes: cuatro para que hiciere regalos á su hija, pues á tanto llegaba su incomprensible vanidad, y los dos restantes para que me *preparase*. Enriqueta me dió un medallón con su retrato, que no recuerdo haber contemplado sino al recibirlo, y un magnífico reloj que no había de marcar hora dichosa para mí. ¿Querrá usted creer que sentí impulsos de guardarme las joyas y el dinero y no volver á parecer por aquella casa? Tuve la delicadeza de no hacerlo, y cometí la indignidad de casarme. ¡Misterios del corazón! como dicen los novelistas.

Llegado el día de la boda, asistieron á ella muy pocas personas: cuatro amigas que se burlarian de la novia, cuatro hombres que pensarían de mí..... lo que usted esté pensando ahora, el padrino, el cura y mi suegra, que fué madrina. Enriqueta quiso que hiciésemos viaje de novios, pero yo se lo quité de la cabeza fingiendo que me parecía mal dejar á mamá sola. Paso por alto ciertas intimidades que no son para contadas.

Lo que sufrí durante la llamada *luna de miel* debiera haber bastado á castigar mi codicia, aunque en realidad yo no me casé por codicia, sino por poder vivir. Mi existencia estaba á merced de Pignorate: si se le antoja echarme del escritorio dos días antes de la boda, tengo de nuevo que dormir en el Prado. Los primeros meses de casados fueron un suplicio continuo. Enriqueta, que tenía treinta años cumplidos y llevaría diez ó doce pensando en el matrimonio, no halló modo mejor de poetizar la situación que hostigarme con la ofrenda continua de su amor. Nos levantábamos tarde; después de almorzar leíamos un rato, cada cual en su butaca..... menos cuando se me echaba encima como niña juguetona; salíamos á visitas, donde me llevaba para enseñarme á sus amigas, y en seguida de comer al teatro; allí siempre le daba sueño; nunca vimos el último acto de una ópera; pero en entrando en casa, ¿qué digo en casa?, en cerrando la portezuela del coche, no pensaba en dormir. De modo, que de día no nos separábamos un momento, y luego, desde el palco á nuestras habitaciones, donde permanecíamos hasta muy entrada la mañana siguiente. Los mimos y ternezas que me prodigaba me hacían sufrir horriblemente: cuanto más melosa se ponía, más me repugnaba aquella comedia de pasión que estábamos representando, ella como aficionada entusiasta, y yo como histrión aburrido y harto del oficio. Cada día se mostraba más gozosa y solicita en ser mía, procurando persuadirse y persuadirme de que nuestra unión era el resultado de un cariño intenso y largo tiempo comprimido que al fin se desbordaba.

En cambio de los sacrificios que usted adivinará por bajo de todo esto, yo vivía muy bien. Hasta entonces no supe lo que eran las comodidades y el regalo. Comíamos admirablemente, y con vinos exquisitos; estábamos servidos por criados que adivinaban los deseos; me sobraba ropa, ocupándose Enriqueta misma en lo que había de ponerme, porque le gustaba verme elegante; fumaba como no volveré á fumar nunca, y de tanto ir en coche miré con desprecio á los



EL ORÁCULO DE LAS FLORES.—POR H. KOCH.

que andaban á pie. Las cuentas de cuanto yo compraba se pagaban en casa. Sólo dos cosas me faltaban: dinero para el bolsillo y libertad. Nunca pude disponer de mil pesetas y una noche. Fuera de esto, llegué á saborear la delicia de no saber dónde acaba lo necesario y dónde empieza lo superfluo, porque todo me sobraba.

Sin embargo, aquellos delicados manjares y vinos exquisitos; aquellos muebles comidísimos, el *clarens* y el *landeau*, los cazadores y vegueros que mandaba traer de Cuba mensualmente para tenerlos frescos, cuantos refinamientos constituían mi vida animal, no bastaban á desterrar el mal humor que se apoderaba de mí á la vista de una mujer guapa, ó simplemente agradable. Tenía Enriqueta dos ó tres amigas que me volvían loco, y precisamente cuando venían á casa ó nosotros les pagábamos visita, era cuando mi mujer se ponía conmigo más empalagosa y pegadiza. Excuso decirle á usted si se me pasaría por la imaginación la idea de cortejar á aquellas señoras; pero me consideraba tan humillado ante ellas y tan soberanamente puesto en ridículo con las gatadas y zalamerías de mi mujer, que nunca me atreví. Enriqueta tenía la especialidad de decir las mayores atrocidades, con tal sutileza y flexibilidad de ingenio, que hablaba de las cosas más íntimas de la vida sin faltar en lo más mínimo al decoro, y aquellas mujeres, comprendiendo mi situación, me miraban como los viajeros europeos deben de mirar á los esclavos de las sultanas. Indudablemente, creían que yo era para Enriqueta un *odalisco*. Y no se equivocaban. Aquella vehemencia, aquella fuerza de expansión amorosa, no era en Enriqueta una facultad aislada; era una fase de su carácter dominador y absorbente; su vitalidad física era reflejo y consecuencia de su energía moral.

No quiero mortificarle á usted con el relato de incidentes y escenas merced á las cuales fué revelándoseme aquel carácter; lo que le aseguro á usted es que en poco tiempo adquirí el convencimiento de que si el hombre se habitúa con facilidad asombrosa á la vida regalona, no se puede acostumbrar á compartir la existencia con una mujer á quien no ama.

Cada vez que se me presentaba con un traje nuevo de calle, y sobre todo con una bata, sufría yo lo que no es decible; cada esfuerzo de coquetería con que pretendía atraerme, aumentaba mi sobresalto; lo que en cualquiera otra me hubiese parecido legítimo, ingenioso, hasta delicado, en ella se me antojaba violento, impúdico, hasta grosero. Y observe usted que no habíamos tenido aún una palabra más alta que otra, porque yo estaba plena y absolutamente sometido á su voluntad: era un *odalisco*. Pero fueron pasando meses, y yo, que tan vilmente me acostumbré al *Chateau-Iquem* y á los cazadores de á dos pesetas, no pude acostumbrarme á ver al despertar la cabeza de Enriqueta sobre mi almohada, ni á oír aquella voz imperiosa que sin aviso ni consulta disponía cuanto le daba la gana. «Hoy no vamos....., mañana se hará tal cosa....., esto ha de ser como yo mande.»—Con la dureza de su fisonomía, con aquellos ojos de glóbulos abultados y párpados cortos, con aquella frente estrecha y aquellos labios descoloridos como rosas desecadas, aun se habría podido transigir; con lo que á la larga no había mansedumbre posible era con su genio de rey absoluto, que en casa, en la mesa, en visita, en todas partes constituía una humillación constante. Estaba enteramente esclavizado, pero aun

no me había pasado por las mientes la idea de la emancipación. Sin embargo, comprendía que una de dos: ó yo aflojaba un poco el nudo que me había echado á la garganta, ó la existencia se me hacía insoportable. Falto de ocupación ó empleo que me obligase á salir de casa, estaba preso en ella, esperando que me dijese: «Ahora, visitas»; «ahora, paseo»; «ahora, á dormir». ¡Y si al menos durmiéramos! Á tal punto llegó mi convicción de que había perdido por completo la libertad, que resolví poner remedio al mal, intentando algo que me diese la medida de mi verdadera situación en aquella casa donde los criados consultaban y pedían órdenes á mi suegra ó á mi mujer, pero jamás á mí: nunca les oí decir «el amo».

Pocos días después de casados, una noche, al quitarse Enriqueta pendientes y pulseras para acostarse, me dió las alhajas en la mano, y señalando un mueblecillo de ébano con incrustaciones de bronce, me dijo:—«Mételas en aquel cajoncito».—Y con la mayor naturalidad, añadió:—«¡Ah! y mira; en el otro cajón de más arriba es donde tenemos el dinero: ya lo sabes.»—Aquel *tenemos*, aun pronunciado sin darle importancia, me enrojeció la cara de vergüenza. Claro está que lo que allí se podía guardar era poco, lo destinado á gastos menudos y caprichos, porque los valores y resguardos del Banco estaban en poder de D.^a Sofía. Desde entonces, cuando necesité alguna cantidad la tomé de allí; pero buen cuidado tenían ellas de no dejar al alcance de mi mano más que un puñado de duros. Apropiándome todo aquel tesoro, acaso pudiese á lo más conquistar á la doncella..... si fuese codiciable, que no lo era; porque Enriqueta tenía miedo á las caras bonitas. Y como yo para otros fines no necesitaba metálico, allí se estaban *los caudales*.

Cuando resolví persuadirme de la poca ó mucha libertad que se me concedía en aquella casa, dije á Enriqueta que, repugnándome estar ocioso, iba á emprender un trabajo histórico-literario. El pretexto fué un estudio sobre *Las Cortes durante el reinado de Fernando VII*. Mi verdadero propósito era hacerles creer que iba al Ateneo ó á la Biblioteca Nacional á tomar apuntes, mientras ellas pasaban las tardes en casa de una prima que estaba enferma y era guapa, por lo cual no le importaba á Enriqueta que dejase de acompañarla.

La indiferencia con que fueron acogidos mi proyecto y mis primeras ausencias me permitieron esperar dichas mayores. Pero ¡quía! En cuanto se restableció la prima bonita volvió Enriqueta á pedir el coche por las tardes para ir al Retiro, diciendo á la hora del almuerzo:—«Hoy vendrás de paseo.» Como llevaba bastantes días de libertad, cedi. Otra mañana dijo mi suegra:—«Esta tarde vamos á casa de los de Nidáguila.» Yo, sin dar importancia al caso, me limité á contestar:—«Vayan ustedes solas: tengo que escribir: otro día les acompañaré.» Hija y madre se miraron como consultándose, y en seguida repuso la primera con estudiada sequedad:—«Vaya.....; nos hemos declarado independientes.» Yo abracé á mi mujer, diciendo:—«Quiero acabar pronto lo que estoy escribiendo y buscar modo de publicarlo. Necesito demostrarme á mí mismo que no soy un vago.» Aquella tarde fuí al Ateneo, ó donde me dió la gana; pero sin duda se pusieron de acuerdo mi sultana y su madre, porque intentando yo hacer lo mismo pocos días después, Enriqueta me miró fijamente y pronunció con solemnidad estas pala-

bras:—«¡No, señor! Usted viene conmigo donde yo le mande. Escribe usted..... cuando pueda..... ó no escribe.» Miréla con espanto, y continuó:—«No, no me mires así. Trabaja, si te da la gana, en casita; pero esas expediciones de dos y tres horas, se acabaron.» Quise echarlo á broma, diciendo:—«Ponme un cordón como al galguito.»—Mas ella, con la mayor acritud, replicó:—«Te pondré lo que me dé la gana.»

Tuve un arranque de valor y me fui; pero no al Ateneo, sino á dar un paseo largo, complaciéndome en mirar á cuantas mujeres me agradaban. Enriqueta y su madre mandaron enganchar y fueron á buscarme al Ateneo con propósito de que las acompañase á visitas. Naturalmente, no me encontraron, y la hora de comer fué la señal de nuestra primera batalla. En presencia del mozo de comedor callaron; mas al retirarse éste luego de servido el café, D.^a Sofía corrió á encerrarse en su gabinete, y Enriqueta dió rienda suelta á su enojo, diciendo:—«Lo del Ateneo es mentira..... pretexto.....; me ha dicho el portero que vas poco y te sales en seguida..... No quiero que vuelvas..... Yo me tengo la culpa por casarme con un hombre como tú.....» Y muchas cosas por el estilo, cada instante más ocasionadas á respuestas agrias. Quise alardear de prudencia, pero fué inútil. Viendo que no me insurreccionaba, se creció, diciéndome despreciativamente:—«Hijito..... convéncete de una vez: aquí eres una especie de rey consorte..... Vives á lo príncipe, ¿verdad? Pues el que algo quiere, algo le cuesta. En cambio no tienes que pensar en mañana.... hasta que yo me muera.»

La escena que siguió fué espantosa. No sé lo que le dije; pero debí de estar cruel, y sobre todo grosero. Recuerdo que la llamé ojos de ternera, y allí fué Troya. Entonces me dijo que se consideraba traicionada y vendida, que yo andaba tras alguna mujer á quien pagaría con *su dinero*, y, finalmente, que no teniendo oficio ni beneficio, no necesitaba poner los pies en la calle, pronunciando de tal modo estas palabras de oficio y beneficio, que no pudo ser mayor mi humillación.

Dejé á Enriqueta con la palabra en la boca, me fui á comer á la fonda, y pasé las primeras horas de la noche en un teatrillo. Á la salida me encontré á una antigua conocida que se llamaba Susana, sin merecer el nombre; la convidé á cenar con todas sus consecuencias, nos fuimos á su casa, y volví á la mía, es decir, á la de mi suegra, al sonar las diez de la mañana en el reloj de la antesala.

Cuando entré en el gabinete, temeroso de un escándalo, pero dispuesto á arrostrarlo todo, la decoración había variado por completo; quiero decir que mi mujer estaba mansa. Se me arrojó á lós brazos llorando, y en vez de gritos y repriminaciones, no escuché más que súplicas y lamentos. Creí haber ganado la partida mostrándome enérgico; mas lo que hice fué empeorar mi situación. Sólo imaginando lo que puede ser una pantera enamorada, podrá usted concebir la actitud de Enriqueta. No me dejaba ni á sol ni á sombra. ¡Entonces sí que estaba justificado lo de llamarme *odalisco*! Mi existencia era sólo comparable á la de una circasiana robada por los esbirros de un sultán y encerrada en el harén, con la sola diferencia á favor mío de que me llevaban á paseo y visitas. Tales llegaron á ponerse las cosas, que todo lo que antes me pareció lujo, comodidad y regalo, llegó á serme causa de molestia, enojo y mortificación. Manjares, vinos, tabacos, nada me sabía bien; los fraques y levitas que

me traía el sastre se me antojaban libreas de ignominiosa servidumbre; el coche me crispaba los nervios. Hubiera querido disfrutar todo aquello, pero pagándolo, sin debérselo á una mujer que no me amaba y para quien yo no era marido y hombre más que en la acepción más grosera de la palabra. Porque, la verdad, entonces vi cuán vergonzosa había sido nuestra unión. Ella, convencida de que no podía enamorar á nadie, me aceptó á la desesperada; y yo, harto de sufrir privaciones, me vendí como puede venderse una mujer hambrienta á un viejo rico.

Aquella exacerbación de la amatividad de Enriqueta tuvo su limite. Cuando se convenció de que la falta de libertad me tenía fuera de mí y, sobre todo, de que sus caricias me eran insoportables, recibió un golpe muy rudo; quiso hacerse con la ilusión de que sufría un desengaño; y en lugar de atraerme con la tolerancia, único modo de que viviéramos en paz, pretendió extremar su autoridad y precipitó los acontecimientos. Por supuesto que, ahora lo comprendo, aquello no tenía remedio: lo que sucedió fué lógico. Enriqueta se me había hecho aborrecible, pero yo le inspiraba algo peor que el odio: lo que sentía hacia mí era desprecio. No se explica de otro modo lo que ocurrió luego.

Al tercer año de la boda estuvo mala D.^a Sofía, y cuando se hallaba convaleciente, le dijo el médico que no saliera de casa por las noches. Buscando modo de distraerla durante las largas veladas de invierno, se le ocurrió á Enriqueta convidar gentes á comer, y *recibir* dos noches por semana. Excuso decirle á usted que con la mesa, la casa y las relaciones que teníamos, al cabo de dos meses el salón de Enriqueta era uno de los más favorecidos de la corte. Esto, que debió servirme de distracción, se convirtió en un nuevo tormento, porque mi esposa me celaba hasta ponerme en ridículo. Lo mismo era acercarme á una mujer bonita, ya tenía usted á Enriqueta pronta á decir ó cometer una imprudencia, que me convertía en el hazme reír de nuestros contertulios.

Pero aun hubo cosa peor. Mientras vivimos alejados de fiestas y bailes no experimenté más contrariedades que las propias de mi condición de cero á la izquierda: al ponernos en contacto frecuente con la *sociedad* me vi amenazado de mayores peligros. Todavía me parece imposible que haya tenido energía para sustraerme al envilecimiento en que estuve á pique de caer.

Nuestra tertulia se componía de gente aristocrática, rica y pudiente, entreverada y bastardeada por unos cuantos de esos advenedizos y parásitos elegantes que viven por mitad de la adulación y de la trampa. Pero el principal ornamento de aquellas comidas y saraos era un ministro, á quien no quiero designar por su nombre. Durante el periodo revolucionario figuró en todos los grupos de todas las Cortes: tan pronto fué demócrata como conservador, de *cimbrio* se hizo alfonsino, y en un gabinete intermedio ó ministerio puente, llegó á la poltrona, gracias á esa política cobarde que compra á los adversarios cuando no sabe combatirlos. Este hombre había puesto toda su ambición en tener grupo, en llevar á las cámaras un núcleo de amigos, y no perdona medio de lograrlo. Mi suegra le conoció de pasante en casa de su abogado. Claro está que si hubiese continuado de pasante no se acordara de él; mas como llegó á ministro, se le vino su nombre á la memoria, y al organi-



EL MILAGRO DE SANTA CASILDA.—CUADRO DE D. JOSÉ NOGALES.

zar las recepciones procuró que honrase nuestra casa, recibéndole y agasajándole mucho. Á su vez el personaje se acordó de que mi mujer y mi suegra poseían grandes extensiones de tierra en ciertos lugares de Castilla, supo que disponían de algunos miles de votos en dos distritos rurales y vino á nuestros *jueves* con plan determinado. Su precipitación por realizarlo, pues estaban próximas las elecciones, me abrió los ojos. El *cimbrio*, yo le llamaba siempre así, comenzó por mostrarse amabilísimo con mi suegra, colocando á dos ó tres protegidos suyos de escalera abajo é influyendo con su compañero de Ultramar para que levantara el secuestro de los bienes á un tío de D.^a Sofia que había sido filibustero cubano. Al mismo tiempo emprendió la conquista de mi mujer. ¡Tanto coraje infunde la pasión política! No le arredraron los ojos saltones, ni las sienas hundidas, ni los labios descoloridos, y comenzó el ataque de la plaza confiando en que la vanidad femenina de Enriqueta había de verse halagada con el vasallaje que se le ofrecía. La aventura con una mujer fea era un sacrificio que le procuraba dos diputados: no pensó más.

El efecto de sus requiebros y galanterías fué asombroso por lo rápido, y, á decir verdad, fué también natural. Enriqueta había sufrido cuando soltera tres ó cuatro desengaños horribles, se casó conmigo por terquedad mezclada de despecho, llegó á persuadirse de que yo no la amaba ni siquiera la estimaba, y de pronto se veía solicitada por un hombre joven, de posición elevada, y que podía hacerla figurar entre las señoras que dan que hablar. Porque le advierto á usted que para mí es artículo de fe que si muchas mujeres se extravían por amor, ó por una falsa idea del amor, son muchas más las que sucumben á la vanidad. Hay hombres incultos que cometen crímenes *por salir en los papeles*, y hay damas que se pierden porque hablen de ellas. La burguesa enriquecida, la advenediza endiosada, imaginan igualarse á la gran señora imitándola en sus trajes, en sus tocados, en su modo de adornarse y arreglar la casa, y acaban por imitarla también en sus deslices. No toman por modelos á las verdaderas damas que conservan viva en el pecho la religión del honor, sino á las que bullen y brillan á costa de su fama y la de sus maridos.

Enriqueta no cayó en el lazo, se dejó coger. El *cimbrio* la volvió loca. Cuando se convenció de que un hombre le hacía el amor, de que la deseaba ó lo fingía sin obligación, le entró primero la alegría de la sorpresa, luego el engrandecimiento de la vanidad, y por último se apoderó de ella el cinismo de la desvergüenza. Si el adulterio hubiera de quedar secreto, no habría querido adulterar.

Como usted comprenderá, por lo que al corazón y al sentimiento se refiere, á mí me tenía completamente sin cuidado que me engañara: no la quería poco ni mucho: si *aquello* pudiese permanecer ignorado.... yo tan contento. Cuanto más tiempo consagrarse al otro—vea usted hasta qué punto se corrompe uno—más horas estaría yo libre. Pero desgraciadamente lo que Enriqueta se preparaba á saborear con mayor delicia era la publicidad, el escándalo, no por exceso de perversión, sino por ansia de probar que ella, la fea, la que se casó comprando marido, tenía encantos para rendir á un hombre libre.

El galanteo me pareció desde un principio sospechoso por lo asiduo. Luego, un *jueves* estuvieron cuchicheando más de

dos horas sentados en un diván, sin hacer caso de nadie, amartelado él, olvidada ella de sus convidados y amigas. Otra noche en que él no vino hasta muy tarde, Enriqueta estuvo de un humor insufrible, y al verle entrar, al retirarse la gente, se descompuso de puro alegre, y con sus propias manos le reunió lo mejorcito que halló para que cenase. Creí oportuno enfadarme, y al recogernos á nuestro cuarto en las primeras horas de la mañana, tuvimos una explicación borrascosa. La desvergüenza de Enriqueta me dejó asombrado. Le dije que me molestaba el continuo galanteo del *cimbrio*, que todo el mundo lo notaba y que no quería ser la irrisión de Madrid. Comenzó disculpándole y diciendo que *él* se mostraba amable para sacar dos diputados. Yo repuse: «Mira, hija, sea lo que sea, ya dicen por ahí—y era verdad—que para ese hombre la mejor recomendación es la tuya, lo cual resulta ofensivo para mí.... y sobre todo no me acomoda que te maneje como agente electoral.» Calló y nos acostamos. En días sucesivos salió sola muy á menudo, mostrando hacia mí una indiferencia y una frialdad que no podían ser más elocuentes: en particular la frialdad. Hasta me indicó que deseando cambiar la tela que tapizaba las paredes de nuestra alcoba y reformar el cuarto del baño, mientras durase la obra debíamos dormir cada uno en habitación distinta. Aquello me halagó en cuanto podía proporcionarme cierta libertad; pero comprendiendo su propósito me indigné, ó hice que me indignaba, y dispuesto á todo, dije: «Vamos, el ministro te ha pedido mi cesantía.» Su respuesta fué de un cinismo asqueroso: «Pues, chico.... haz dimisión.» Poco me faltó para pegarla; afortunadamente supe contenerme.

Pasados algunos días, cuando yo creía que no se atrevería á pasar á mayores, entré en la alcoba una tarde y vi que estaban sacando muebles. Mandé á la doncella que llamase á Enriqueta, y me contestó que no estaba en casa. Luego supe el motivo de la salida. El ministro había enviado á doña Sofia el despacho nombrando canónigo al clérigo que las confesaba, y Enriqueta fué á llevárselo en persona. Esto, que á primera vista no parece cosa del otro jueves, era una enormidad. El capellán estaba tachado de carlista, y aunque en varias ocasiones pretendió aquella dignidad, ningún ministro se atrevió á concedérsela: de modo que el nombramiento demostraba cuánta era la influencia de mi mujer.

La esperé resuelto á todo, y sin andarme por las ramas le dije apenas nos vimos solos: «Ó ese hombre no vuelve á poner los pies en casa, ó yo salgo inmediatamente de ella.» Su primera respuesta fué una carcajada, y luego, sin cesar de reír, contestó aparentando asombro: «¡Separarnos! Pero ¿estás soñando?.... ¡Si no tienes donde ir! Vaya, déjate de comedias. Ni me has querido nunca ni yo á ti, ni nos importa nada uno de otro. Somos libres. Cada cual puede hacer lo que quiera sin faltar al decoro.... no dando escándalo. Además, nos guardaremos las consideraciones debidas.» Se detuvo un instante como si no hallase modo de formular su pensamiento, y prosiguió: «Mira, precisamente anoche acordamos mamá y yo ayudarle en los dos distritos, á condición de que por uno de ellos vengas tú diputado. Ya ves, sin hacernos arrumacos y sin sensiblerías podemos vivir en paz. Tú en el Congreso, y yo en casita. ¿Te acuerdas de cuando te ofrecí hacerte hombre? Pues comienzo á cumplir mi palabra. En cuanto á que haga extremos con *él* delante de gentes, está tranquilo, yo sabré contenerme.»

Toda mi vileza pasada, toda la ignominia en que caí aceptando el matrimonio por miedo á la miseria, quedaron de golpe extirpadas en mi alma. Como de un solo tirón se descuaja una raíz, así con un solo esfuerzo me arranqué de aquel cenagal. Se me subió la sangre á la cabeza, sentí impulsos de ahogarla, me dieron ganas de ponerla á empellones ante el espejo para que se mirase por fuerza, y entonces burlarme de ella cruelmente....., pero ¿con qué derecho? ¿No había sido mi encanallamiento al venderme tan grande como su error al comprarme?

Refrené la ira, comprendiendo que yo también era culpable, y con la mayor serenidad de que fui capaz le dije: «Enriqueta, vive como quieras. Hasta puedes tener más libertad que de soltera. Yo también recobro la mía.» ¡Llamaba libertad á la separación! Luego me he convencido de que no merece ese nombre.

Más que oyéndola de mis labios, se aterrorizó leyéndome aquella resolución con las miradas. Frenética, no sé si de ira ó de despecho, se arrojó en mis brazos; yo me desasí de los suyos lo más suavemente que pude, y salí de la casa con lo puesto, como un criado que no tiene baúl. Le juro á usted que ignoraba dónde iba á dormir aquella noche. El amigo á quien recurrí tuvo que procurarme por

espacio de un mes hasta las cosas más necesarias á la vida.

Al casarme pobre y miserable con una mujer millonaria, me aprisioné con grillos de oro, pero yo mismo los rompí. Y tenga usted en cuenta que es más difícil romperlos cuando son de oro que cuando son de hierro.

Afortunadamente, Pignorate me devolvió la plaza que antes ocupaba en su escritorio, aunque aprovechándose de las circunstancias. Antes me daba veinticinco duros al mes; ahora me da veintitrés. Trabajo mucho, vivo mal, cómo peor, pero tengo de mí mejor idea que antes. Sólo me aterra una consideración. ¡Calcule usted cuál sería mi suplicio si ahora me enamorase de una mujer honrada! Cuando algunas veces veo á la mía en la calle, me aparto para que pase el coche y la miro sin rencor. Su conducta casi me parece lógica. La que compra á un hombre capaz de venderse tiene derecho á creer que lo aguantará todo.»

.....

Calló aquel desdichado, me ofrecí á su servicio, le di un puro, lo encendió y se fué: yo quedé pensativo, y luego tomé estos apuntes, que quizá algún día convierta en novela con el mismo título: «*Los grillos de oro.*»

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

¡MAS ALLÁ!

Por el triste sendero de la muerte
El hombre avanza con seguro paso:
Sólo en su marcha tenebrosa advierte
De toda vida el implacable ocaso.

Rasgar quisiera la tupida venda,
Las cadenas romper del cautiverio:
Doquier invaden la forzada senda
Las sombras eternas del misterio.

Y sigue por el áspero camino,
Cuando fácil y corto es el atajo;
Prefiere el mal presente al bien vecino,
Y al dulce reposar duro trabajo.....

¡Oh más allá! Te busco y mi mirada
Incierta vaga por la tumba oscura.....
¿Qué importa la evidencia de la nada
Si en mí reside la inmortal hechura?

¡Lejos de mí la duda que se esconde
En el turbado corazón cobarde;
El eco de su voz ya no responde
De mi existencia al declinar la tarde!

No tiemblo de la muerte ante el trofeo
Ni del dolor universal al grito,
Porque en las raudas alas del deseo
Puedo escalar audaz el infinito.

¡Vuelve, materia, á tu primer estado;
Nadie interrumpa tu dormir profundo;
Extingase el recuerdo del pasado,
Mientras yo sienta renacer un mundo!

¡De la esperanza en el amante seno
Quiero vivir con apacible calma,
Soñando sólo, de delicias lleno,
En el eterno despertar del alma!

NILO MARÍA FABRA.



EL DOCTOR JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA

I.

Ya hemos recordado en varias ocasiones que el sabio polígrafo Alejandro de Humboldt, el gran geógrafo Eliseo Reclus y algún otro autor han dicho, más ó menos clara y explícitamente, que el principio de la Edad Moderna no debía fijarse en el año de 1453, que es la fecha de la toma de Constantinopla por los turcos, sino en 1522, que es cuando se verificó el descubrimiento del Nuevo Mundo; pero hasta hace poco tiempo ignorábamos que un catedrático de la Universidad de Madrid, D. Francisco Verdejo Páez, en sus *Elementos de Historia Universal*, escritos en el año de 1845, había aceptado la idea de Humboldt, ó había coincidido con ella, puesto que consideró dividida la Edad Media en tres épocas: 1.^a Desde la división del Imperio romano, hasta la restauración del de Occidente por los francos: 2.^a Desde la restauración del Imperio de Occidente por los francos (imperio de Carlomagno), hasta la conquista de la Tierra Santa por los cruzados: 3.^a Desde la conquista de la Tierra Santa por Godofredo de Bouillón, hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El Sr. Verdejo Páez procuró justificar la variante que introducía en la división cronológica de la historia universal con razones que, á la verdad, no eran las más poderosas que pudiera haber aducido, y sin embargo, esto no fué obstáculo para que el Consejo de Instrucción pública declarase que sus *Elementos de Historia Universal* habían de servir de texto en los institutos y escuelas públicas; lo cual demuestra que no siempre la llamada *ciencia oficial* es contraria á las novedades progresivas, según suele afirmarse con más precipitación que razonado fundamento.

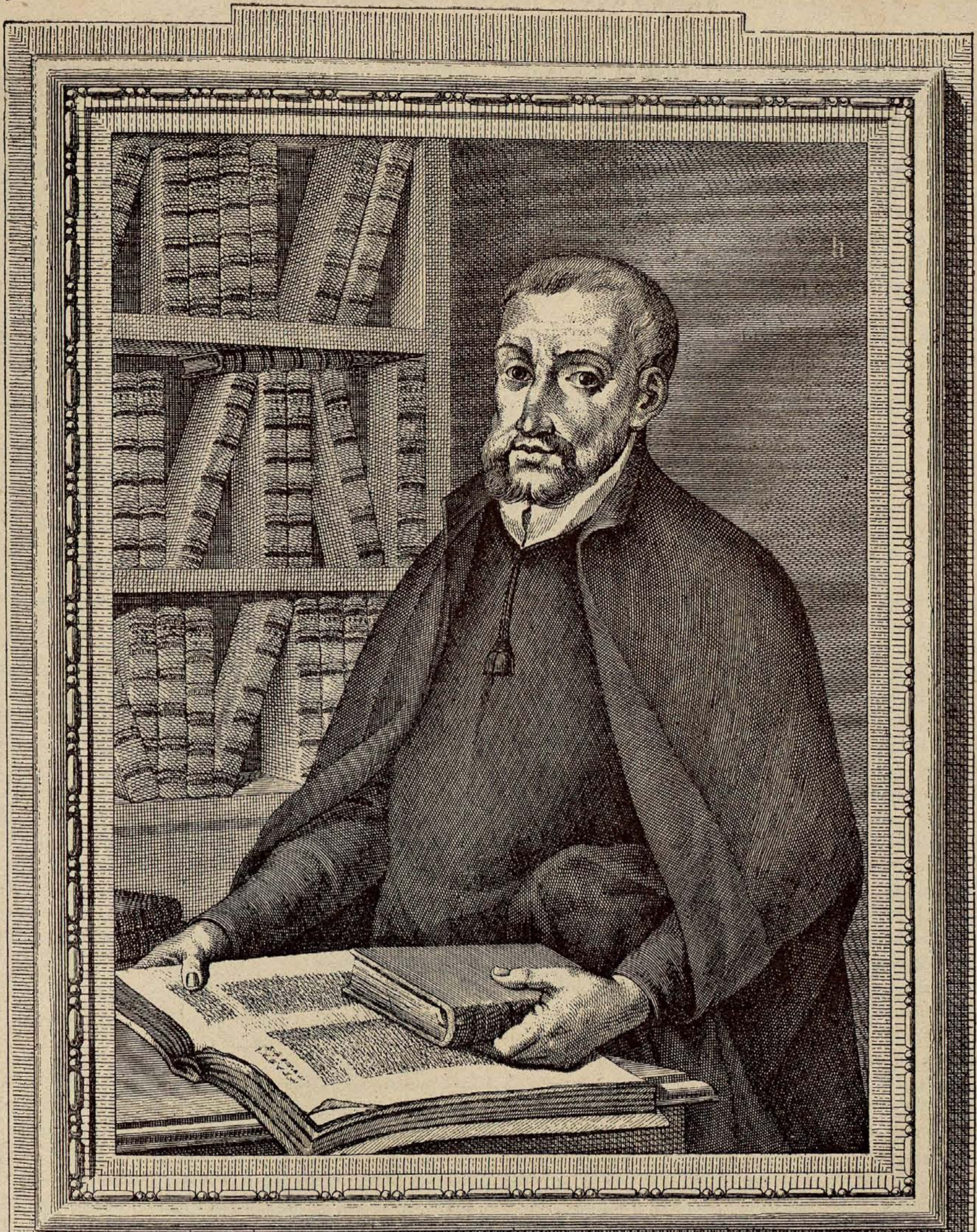
Acaso los *Elementos de Historia Universal* del distinguido catedrático de Geografía en la Universidad de Madrid sea el primer libro de texto donde se ha alterado la fecha de la división establecida generalmente entre la Edad Media y los tiempos modernos; y que esta variación es acertada, fácilmente puede demostrarse, no sólo con la autoridad de Humboldt y Reclus, sino con argumentos de racional evidencia.

Si el cambio de las edades históricas se señala por las transformaciones que de vez en cuando se realizan en la ciencia y en el modo de ser de las sociedades humanas, salta

á la vista la influencia que había de ejercer el descubrimiento del Nuevo Mundo en la mejora y progreso de los conocimientos geográficos, y aun de los cosmográficos, puesto que la geografía, descripción de la Tierra, es una parte de la cosmografía, descripción del Universo. También es fácil de comprender que la historia natural, en todas sus ramas, zoología, botánica y mineralogía, tenía que adquirir gran crecimiento al aumentarse tan prodigiosamente como se aumentó el número de especies de animales, plantas y minerales que habían de ser objeto de su estudio. Ya la química, la física, la matemática y otras ciencias aparecen más alejadas de la influencia que en ellas pudiera ejercer el descubrimiento del Nuevo Mundo, y acaso habrá quien suponga que esta influencia no ha llegado, ni era posible que llegase, á las ciencias morales y políticas; pero quien así pensase se equivocaría de medio á medio. El descubrimiento del Nuevo Mundo, que hoy llamamos América y Oceanía, suscitó los más arduos problemas de moral y política que el entendimiento humano concibe; y de las acaloradas controversias que se originaron al tratar de resolver estos problemas, han nacido principios de justicia que aun pueden considerarse como ideales utópicos en los tiempos que ahora alcanzamos. Como prueba de la verdad de nuestro aserto, bastará traer á la memoria la famosa controversia entre el célebre protector de los indios Fray Bartolomé de las Casas y el doctor Juan Ginés de Sepúlveda, acerca del derecho de los reyes de España para conquistar las tierras que acababan de descubrirse, y aun se estaban descubriendo, y de la razón ó sinrazón con que, bajo el nombre de repartimientos y encomiendas, se establecía la esclavitud en las tierras de América por los españoles conquistadas. Pero antes de ocuparnos en esta famosa controversia daremos algunas noticias acerca de la vida y los escritos del doctor Sepúlveda.

II.

Aun cuando muchos autores dicen que Juan Ginés de Sepúlveda nació en Pozoblanco, afirma D. Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza que fué en Córdoba, y que sus padres se llamaban Ginés Sánchez de Albarracín, natural de Cór-



JUAN GINES DE SEPÚLVEDA

Cordobés: Theólogo, crítico, filólogo, e Historiador: nació en 1490. y murió en 1573.